

ESTUDIO

Escrito en democracia

La literatura infantil y juvenil en castellano

por Teresa Colomer*

El restablecimiento democrático en nuestro país y el consiguiente proceso de apertura y modernización llevado a cabo, han traído consigo una variación en la imagen tradicional de España. Ello no le ha sido ajeno a los libros para niños y jóvenes. La autora enuncia los rasgos más representativos de la nueva literatura infantil y juvenil y subraya los puntos de inflexión respecto a los modelos vigentes en la etapa anterior.

PEDRO GONZÁLEZ COLLADO, MI MUNDO Y EL MUNDO, MIÓN, VALLADOLID, 1981.

7
CLIJ35

El desarrollo actual de la literatura infantil y juvenil es un fenómeno que afecta de forma generalizada a todos los países occidentales. Se produce en un momento histórico en el que estas sociedades pueden caracterizarse tanto por una gran diversidad social y de pluralismo cultural en su interior, como, por otra parte, y de modo más evidente, por una progresiva homogeneidad de costumbres y modos de vida entre ellas. Esta situación contribuye a que la experiencia de imaginación y el reflejo sociocultural ofrecido a los jóvenes lectores a través de las obras de ficción no se diferencie, mucho menos que en períodos anteriores, por su pertenencia a cada una de las tradiciones literarias en estos países, y, así, los temas tratados y la manera de hacerlo pueden ser identificados como propios por niños y adolescentes, con independencia de su residencia en Barcelona, Sevilla o Berlín. Incluso pequeños elementos diferenciales descritos en la vida cotidiana de los protagonistas de hace unas décadas han ido perdiendo su exotismo, de tal forma que imágenes lejanas como las de

los cobertizos de los jardines ingleses, los tés de caridad de las madres anglicanas, los pasteles de lengua o las barcazas del Mississippi, o bien se han convertido en familiares a través de los medios audiovisuales, o bien han sido sustituidos por nuevas costumbres que, como el consumo de hamburguesas y pizzas, pertenecen ya a la experiencia vital de la mayoría de lectores.

Sin embargo, no resulta menos cierto que el análisis de cada una de las tradiciones implicadas en este campo literario, a pesar de su interrelación y coincidencia, ofrecen la descripción de unos paisajes, una historia y una visión del mundo que presentan características propias de cada comunidad. Así, por ejemplo, son precisamente estos rasgos diferenciales los que han provocado recientemente un vehemente debate en los medios educativos sobre el impacto en los jóvenes lectores

de los modelos sociales centroeuropeos, reflejados en la literatura procedente de aquellos países.¹

Situados, pues, en esta perspectiva, podemos preguntarnos *qué imagen sociocultural parece ofrecer la producción actual de literatura infantil y juvenil en lengua castellana*. Este interrogante parece especialmente pertinente por cuanto el restablecimiento democrático en España y el proceso de acelerada modernización social seguido desde entonces, ha provocado una fractura respecto a la imagen de una España centralista, católica y conservadora a la antigua usanza. Si bien las directrices de la Vicesecretaría de Educación Popular de 1943² se habían ido diluyendo ya progresivamente en la década de los sesenta (aunque aún el Premio Lazarillo de 1960 correspondió a *Rastro de Dios* de M. del Amo, y el de 1961 a *El juglar del Cid* de Aguirre Bellver, en la misma línea de los viejos modelos religiosos e históricos), es precisamente la convulsión social de la adecuación a un nuevo modelo sociopolítico la que parece condicionar definitivamente y de forma generalizada la creación durante la década de los ochenta de una nueva autoimagen sociocultural ofrecida a niños y adolescentes a través de la literatura.

El establecimiento de un nuevo marco de coexistencia cultural

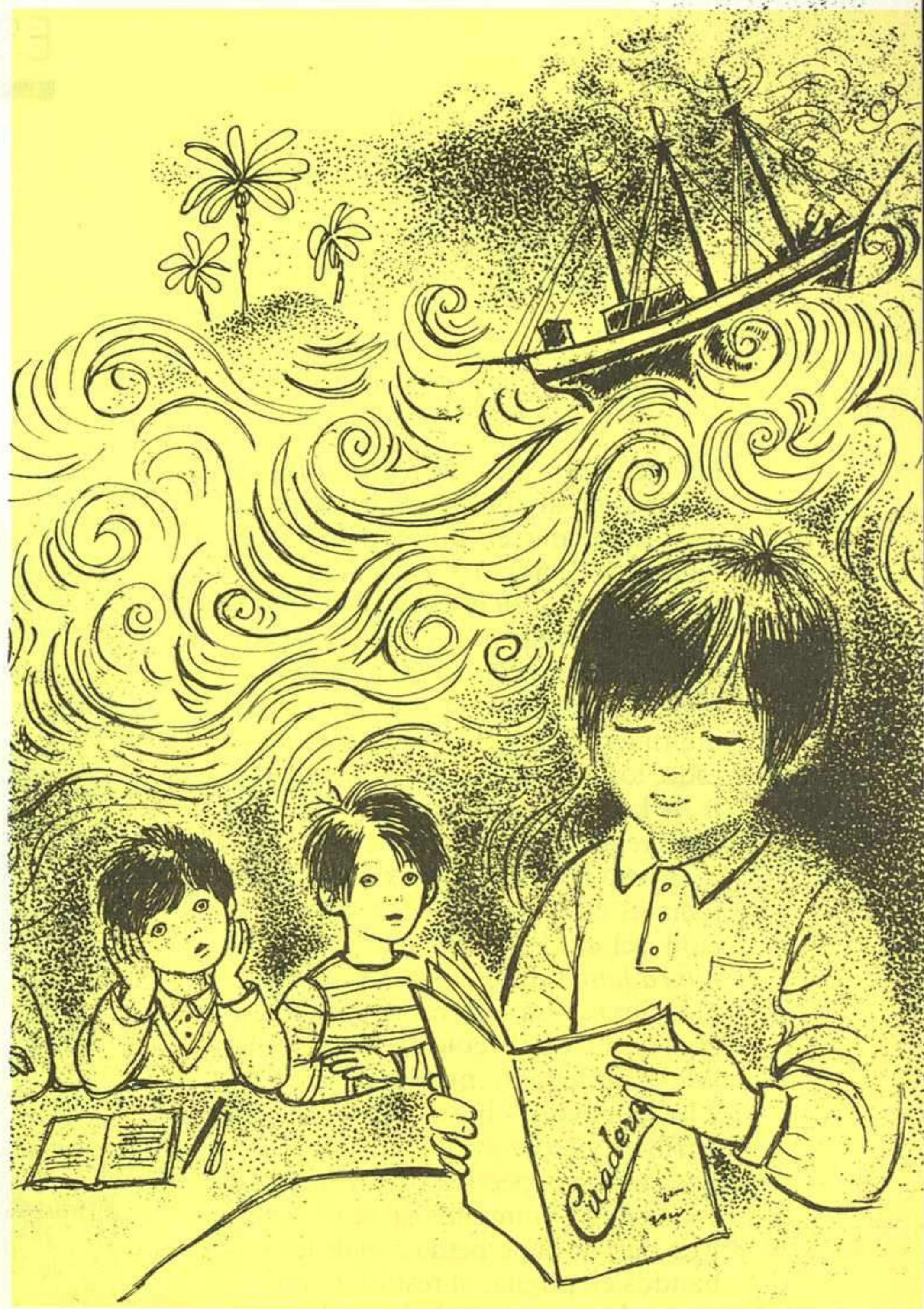
Una primera consecuencia de este hecho es la resituación de la producción literaria en este campo, dentro de las coordenadas de un nuevo marco de coexistencia cultural. El reconocimiento de las diferentes nacionalidades rompe con el estereotipo de una imagen cultural única y con un folclore común, y supone una alteración de fondo en el punto de partida de una nueva visión de España. A partir de este momento se incrementará la literatura escrita en lengua no castellana y se producirá una búsqueda ge-



JESÚS GABÁN, EL MAR SIGUE ESPERANDO, NOGUER, BARCELONA, 1983.



JUAN R. ALONSO, LA COLINA DE EDETA, ESPASA-CALPE, MADRID, 1986.



A. RUIZ DE LA PRADA, SOÑADO MAR, NIÑÓN, VALLADOLID, 1981.

neralizada de las raíces diferenciales de cada tradición en su propia literatura de transmisión oral. Además de Cataluña, con una producción editorial ya bien asentada en este campo, también Galicia y el País Vasco aumentan notablemente sus títulos, y se extiende la conciencia de la diversidad cultural y lingüística. Pequeñas expresiones de la conciencia de coexistencia cultural serían, por ejemplo, la concurrencia de obras y autores a los premios estatales sin distinción de lengua o la publicación de algún cuento con el texto traducido a las cuatro lenguas oficiales en España. A partir de ahora, el desarrollo de la literatura infantil y juvenil en España se producirá con un cierto reconocimiento de las distintas tradiciones culturales y lingüísticas que favorecerá su conciencia diferencial y posibilitará su mayor conocimiento e influencia mutuas. A pesar de todo, cabe destacar cómo los problemas de mercado de las literatu-

ras minoritarias, necesitadas de subvención, condicionan la política de traducciones y, pasado el primer momento de euforia, parecen haber quedado lamentablemente condenadas a un cierto aislamiento.

Una nueva descripción sociocultural

Para delimitar la visión sociocultural transmitida por la literatura infantil y juvenil en lengua castellana en este nuevo contexto, partiremos del conjunto de obras que sitúan su acción en una ambientación realista en el marco geográfico de España, y nos ceñiremos a la producción de mayor calidad, a tenor de los premios recibidos y según su calificación en las revistas especializadas. Del análisis de estas obras, y de su contraste con los modelos vigentes en la época anterior, parece posible aventurar los siguientes rasgos representativos:

La aparición y olvido de la Guerra Civil

A pesar de la irrupción en toda Europa de toda una nueva temática *de impacto* vedada hasta el momento en este tipo de literatura, con numerosos ingredientes de violencia o crueldad, la referencia a la Guerra Civil o a las situaciones represivas de la posguerra surge lentamente, como un tema más íntimo y difícil de tratar, que la creación ajena de situaciones conflictivas de ficción.

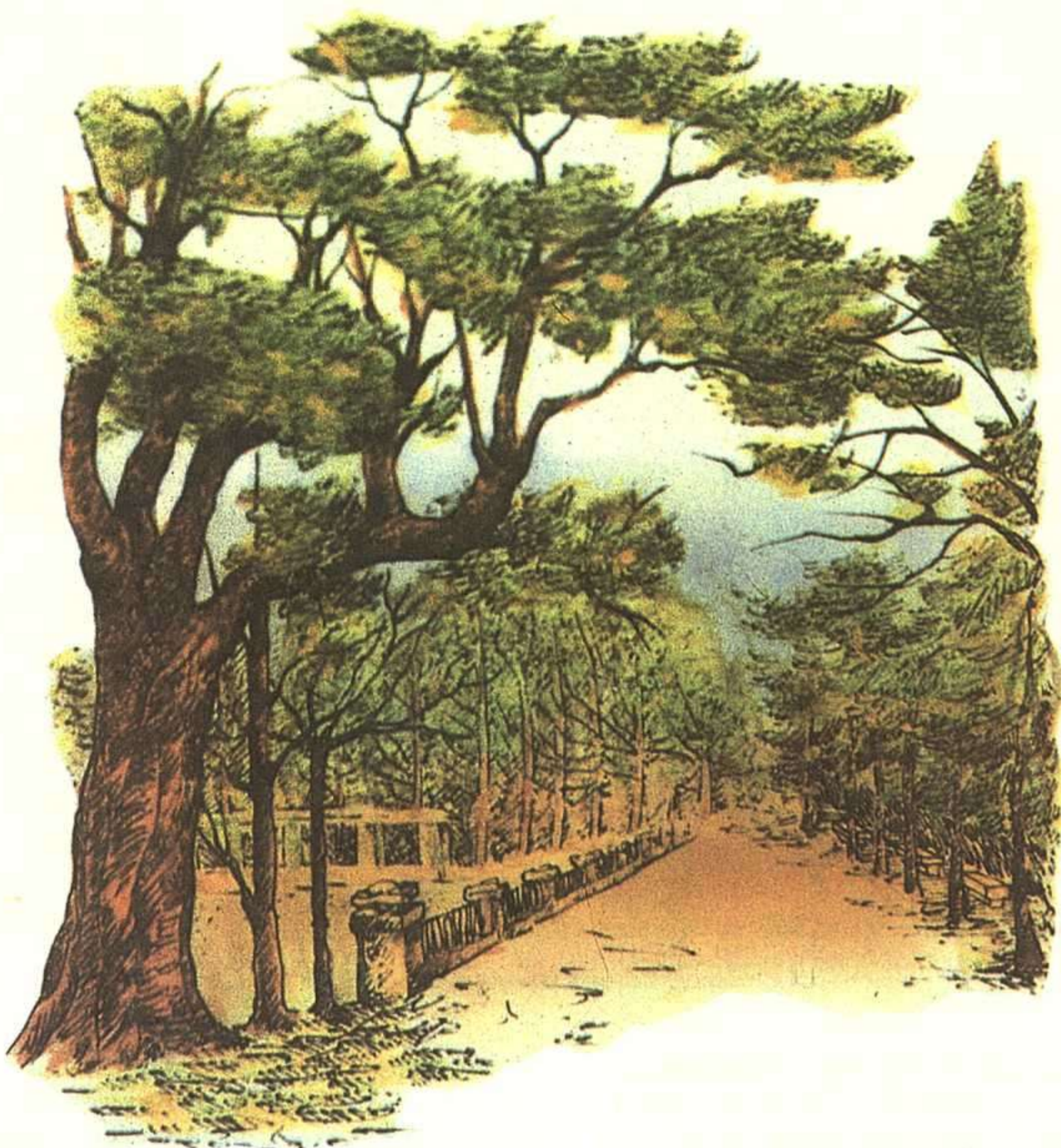
No es de extrañar, sin embargo, esta incomodidad en el tratamiento de la Guerra Civil en los libros para niños y adolescentes, ya que su escasa evocación parece corresponderse fielmente a la voluntad de olvido fácilmente perceptible en nuestra sociedad, a partir de la transición democrática. Apenas un autor, Juan Fariás; alguna obra excelente, *Hubo una vez otra guerra* (1989) de L.A. Puente y F. Lalana; o

los recuerdos más o menos autobiográficos de algunos autores como L. de Castresana en *El otro árbol de Guernica* (1968); o J. Fernández Santos en *El viaje en el jardín* (1986), tratan específicamente el tema. En cambio sus referencias se han extendido, como telón de fondo de la vida de múltiples personajes —ancianos sobre todo, lógicamente—, en una gran parte de las obras situadas en la descripción realista de la vida actual.

El espíritu con que se aborda el tema es casi siempre el de la superación del conflicto en una especie de *nunca jamás* dirigido a las jóvenes generaciones. La guerra es presentada como una locura colectiva, en la cual la lógica del enfrentamiento arrastra a los personajes hasta consecuencias terribles, pero nunca deseadas. Situados en la perspectiva de profundizar en las raíces humanas de la violencia y de huir de la perpetuación de los dos bandos en pugna, el resultado parece ser realmente el de la pérdida de la memoria concreta de los intereses enfrentados en la Guerra Civil, que se convierte, paradójicamente, en una tragedia sufrida desde la incompreensión y la pasividad por parte de los personajes. Incluso en *Hubo una vez otra guerra*, donde hallamos una crónica pormenorizada del conflicto tal como fue vivido en un pueblo aragonés, el mensaje esencial es el del olvido en favor de la superación de los odios gestados:

A don Zabulón le gustaba oír historias de la guerra y contar también las suyas, que eran muchas y emocionantes, pues no en vano hizo la campaña de los Regulares de Melilla y llegó a capitán antes de dedicarse a la enseñanza. Muchas veces tiraba de la lengua a los contertulios, especialmente a aquellos que sabía que tenían algo cercano que contar. Le fascinaba a don Zabulón que en aquellas conversaciones estuviera ausente la ira. No había fanatismos. No había odios ni rencoros.

Sí los había. A la fuerza debía haberlos, pues todos en el pueblo tenían un hermano, un padre, un amigo, un hijo muerto o desaparecido. Huido o fusilado. De un bando o del otro. Pero por eso mismo todos



MARINA SEOANE, EL VIAJE EN EL JARDÍN, ANAYA, MADRID, 1986.

callaban la amargura y hablaban de los seres perdidos como si fueran ajenos, de otra sangre, que no la suya propia, pues de otro modo la guerra no habría podido terminar allí, en mi pueblo, sino con la muerte del penúltimo de los irreconciliables. (Cursiva de la articulista.)

Así, a través de un bien logrado paralelismo entre los recuerdos de la guerra de los adultos del pueblo y de la lucha tradicional por conseguir la hoguera más alta en las fiestas del pueblo por parte de los niños, se insiste en cómo unos y otros son impulsados por el paroxismo del enfrentamiento hacia una cadena de actos violentos mucho más determinados por el episodio inmediatamente anterior, que por el alineamiento racional y deliberado en el conflicto bélico.

Para contribuir a este enfoque, la guerra es situada casi siempre en pueblos rurales, lejanos y desinteresados por los acontecimientos, donde básicamente, y a excepción de algún que otro vecino aislado que toma partido, irrumpen *los unos y los otros*, despojados prácticamente de siglas y banderas.

Virilo se pasó la guerra peleando con las patatas y las zanahorias, que nunca eran suficientes para tantos soldados hambrientos, y echándole agua a la sopa para que cundiera más. Un buen día le dijeron:

—Esto se acabó.

Lo metieron en un camión con otros muchachos desconcertados, y lo devolvieron al pueblo. Virilo no volvió a acordarse nunca más de la guerra.

El cuento interrumpido.

Pero un jueves, por la Pascua, de amanecida, volvieron los soldados. Eran doce con espadas y fusiles a caballo, a las órdenes de un oficial que estaba de mal humor.

No sé si eran los buenos o los malos. Eso no importa. A los vecinos de Media Tarde nadie fue a decirles:

—Por esto nos peleamos. Decida y escoja campo.

Años difíciles.

De noche buscaba la casa de algún conocido; el día lo pasaba paseando por el jardín, o en cualquier otro lugar seguro donde no hubiera gente ni de un bando ni de otro. Como la mayoría, maldito lo que entendía de política. Cuando la guerra empezó vivía bien y nada: ése fue su único delito. Así andaba de día, escondiéndose donde podía y pasando la noche en casa ajena, aunque lo mejor era volver lo más tarde que pudiera.

El viaje en el jardín.

La violencia desencadenada dejará en todos los casos un pueblo sorprendido por la miseria en que se ha visto sumergido, pero que, en cualquier caso, enterrará unido a sus muertos, y que incluso cerrará filas, a pesar de sus diferencias, frente al exterior:

Sin mediar palabra, todos estuvieron en el convencimiento de que lo que allí había que solventar, que era mucho sin duda, lo solventarían ellos mismos, y que ningún forastero, llevase camisa azul o gorro caqui, iba a entrar en su pueblo por la fuerza.

Hubo una vez otra guerra.

A la poca voluntad de implicación de los personajes, cabe añadir una calculada dosificación de personajes y actuaciones *buenas y malas* en cada bando. Un ejemplo paradigmático de este intento igualador puede verse en el protagonista de *Dame la mano Habacuc* (1989) de C. Kurtz, el cual, bajo el seudónimo de El Gavilán, se dedica a cruzar la frontera o a trasladar de un frente al otro a cualquiera que lo desee, sin distinción entre contrincantes:

Cuando en 1939 terminó la Guerra Civil, las autoridades hicieron lo imposible por descubrir la identidad de aquel Gavilán que había salvado la vida a tantas gentes arriesgando la propia. Fue inútil. El Gavilán se volatilizó por unos años. Pero terminó la dictadura y los que habían pertenecido al



ASUN BALZOLA, LA CAZADORA DE INDIANA JONES, SM, MADRID, 1990.

otro bando recordaron las andanzas del famoso Gavilán, que tantos preciosos servicios había prestado. No encontraron ni rastro.

—Unos y otros querían darme una medalla y fusilarme al mismo tiempo. Casi de risa.

Aun a pesar de esta intención generalizada, las simpatías por uno u otro bando afloran en pequeños detalles. El Gavilán, por ejemplo, no deja de ser un monárquico convencido que grita: «¡Viva el rey!», el 14 de abril de 1931. Los maestros de los cuentos tienden a alinearse en las filas republicanas (aunque esta denominación casi nunca aparece de forma explícita), y los ricos en las de *los otros*. Prácticamente, sólo en las obras de J. Farias aparece una cierta voluntad de

crónica del sentimiento de derrota de la gente humilde:

Yo pregunté:

—Si esto no les gusta, ¿por qué no se marchan todos a casa?

Justo, un marinero bajito que nunca se quitaba la boina, me agarró por la nariz.

—Apuesto a que este mocoso tiene un padre que ganó la guerra —dijo.

El barco de los peregrinos.

De una manera coincidente, a pesar de las obvias simpatías por la democracia que transmiten los libros infantiles y juveniles, se produce un silencio casi absoluto sobre la época franquista. En algunos cuentos se cita el cambio democrático, sobre todo a través de la contraposición entre los personajes poderosos que gobiernan

sin límite y la instauración de un nuevo orden de respeto para todo el mundo (P. Martín en *Cosas de Ramón Lamote*, Premio Nacional 1986, por ejemplo), cambio que en algunas narraciones juveniles se concreta históricamente. A excepción de este telón de fondo, apenas contamos con alguna velada alusión a la represión de la

posguerra y alguna descripción como la de *Una familia casi normal* de P. Barrena, bien sorprendente por su virulencia y escasa representatividad social, al referirse al pasado terrorista de los personajes, al estilo de los GRAPO. Más entidad presenta, en cambio, el sentimiento antiopresivo en la descripción de los colegios religiosos en

Los pequeños nazis del 43 del mismo J. Farias o en diversas obras de Martínez-Menchén, donde podemos hallar los mejores retratos de la época.

La despedida de la sociedad rural

Indudablemente, la descripción del fin del mundo rural es la característi-



XOÁN BALBOA, AS COUSAS DE RAMÓN LAMOTE, SM, MADRID, 1985.

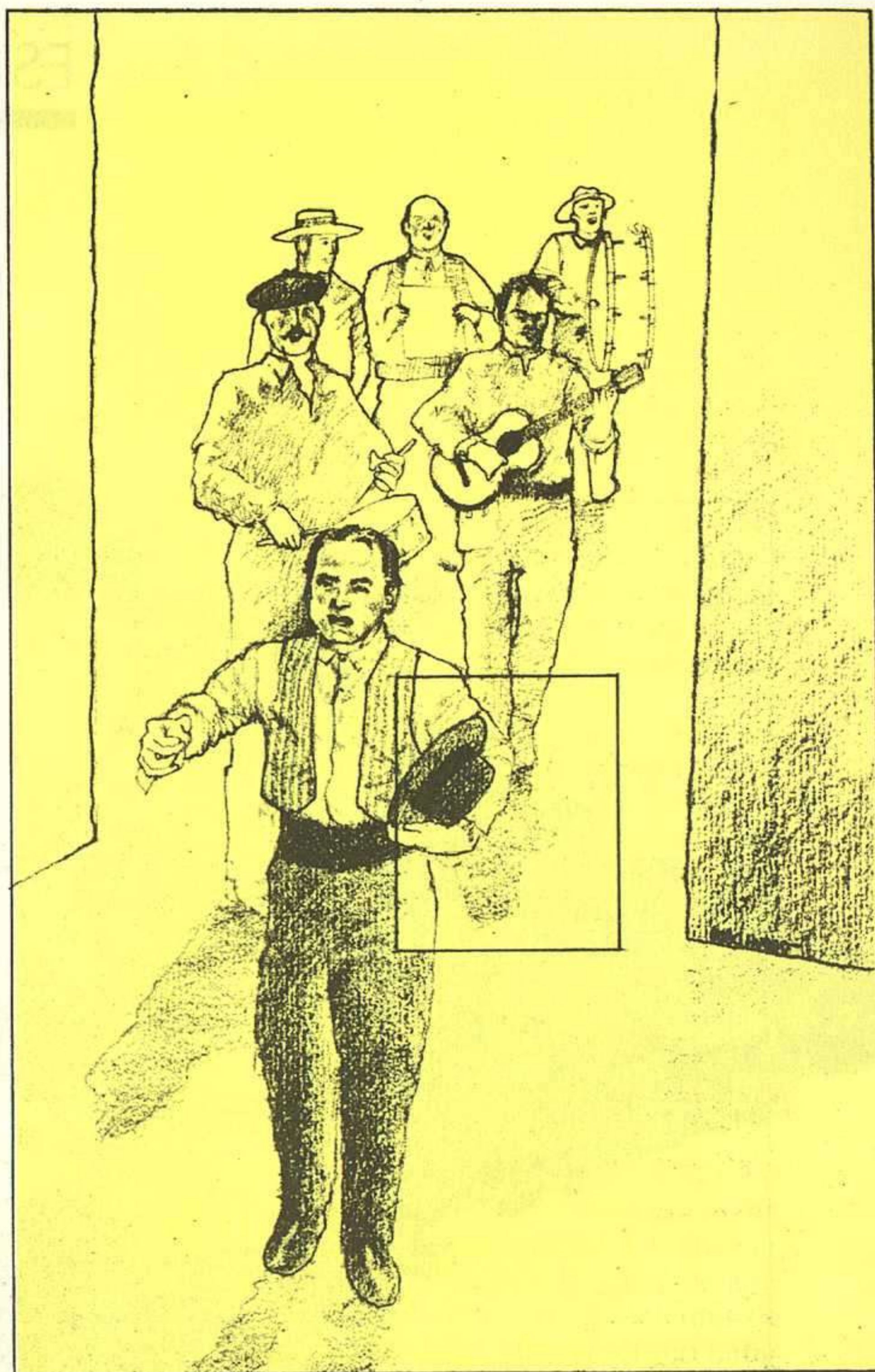


MARÍA ÁNGELES TOMÁS, SE FUE POR EL PUENTE, LABOR, BARCELONA, 1984.

ca más extendida en el reflejo social transmitido por la literatura infantil y juvenil en lengua castellana. La abrumadora abundancia de obras en las que este tema constituye el escenario narrativo e, incluso, en un gran número de casos, su tema específico, nos conduce a pensar en una sociedad que ha vivido inmersa de modo muy reciente en un proceso acelerado de urbanización. Resulta claramente significativo, por ejemplo, que hasta en las obras de ambientación urbana sólo



PEDRO GONZÁLEZ COLLADO, MI MUNDO Y EL MUNDO, MIÑÓN, VALLADOLID, 1981.



GOGO HUSSO, EL FUEGO DE LOS PASTORES, ESPASA-CALPE, MADRID, 1987.

los niños protagonistas hayan nacido en la ciudad y se haga siempre mención explícita de los orígenes rurales de los padres y abuelos. De este modo, los temas más tratados en las obras de tipo realista consisten en la descripción de la vida rural, su contraste con la vida urbana, las causas de la emigración, los problemas de adaptación de los personajes que optan por emigrar y la desolación de los que se quedan en un entorno en decadencia.

Una perspectiva especial en el marco de esta descripción es la que responde a la voluntad de preservar para las generaciones futuras el recuerdo de un modo de vida que desaparece. Ésta es la intención explícita de obras como *El fuego de los pastores* (1987) de C. López Narváez donde se recogen las historias relatadas por la madre de la autora sobre su infancia en un cortijo andaluz, o de *Silvestrito* (1986) de A. Hernández sobre la vida en un pueblecito de Soria, o de *La tierra de*

nadie (Premio Nacional 1981) de A. Martínez-Mena sobre sus propios recuerdos de la casa familiar de la huerta murciana:

Tantos años después ya no es posible recomponer la historia del palomar vacío, de la habitación sin llave en la que forzosamente tuvo que ocurrir algo. Y no es posible porque cuando ahora pretendo mirar, fijar mis ojos en las cámaras altas, no encuentro sino cielo sobre el solar donde estuvo la casa repleta de sucesos [...]

Levantarán un edificio de cemento, como de sangre urgente, sin trojes, sin arcos de «Jacobo», sin polvo de lustros, sin voces archivadas durante generaciones, sin sombras de los Juan Bautistas Alarcón, sin recuerdos.

La tierra de nadie.

La elegía por el mundo perdido entroncará durante la década de los ochenta con el movimiento de recuperación de las propias raíces, producido en distintas nacionalidades y regiones de España a partir de la rup-

tura de la imagen uniformadora vigente durante la dictadura. En estos años serán frecuentes la búsqueda de tradiciones orales aún vivas, la publicación de recopilaciones folklóricas y la voluntad de circunscribir la narración en el medio propio con una gran presencia de elementos referidos al paisaje y a las costumbres locales. Esta voluntad de reflejar las propias raíces y modo de vida nos ofrece descripciones, siempre rurales, de la vida en Galicia (en las obras de J. Farias, por ejemplo), de Andalucía (*El fuego de los pastores*; o *El mar sigue esperando*, Premio Nacional 1982, de C. Murciano), de Aragón (*Hubo una vez otra guerra*), de Castilla (en *El bosque de piedra*, 1985, de F. Alonso; *Pabluras*, Premio Lazarillo 1983, de M. Martín Fernández de Velasco; *Silvestrito*; *Soñado mar*, 1981, de M. del Amo; o en múltiples obras de A. Ionescu), de Murcia (*La tierra de nadie*), etc. Veamos un fragmento



JESÚS GABÁN, LOS CORREDOIRAS, SM, MADRID, 1988.

de una de ellas a modo de ejemplo:

Ocurría que habían operado a madre en la capital, y padre andaba, el hombre, que le ardían los nervios, como velas en todos los cabos.

Me tocaba sacar las caballerías al pasto porque él tenía que ir a ver a madre y todo se le volvía marearme con consejos y más consejos:

—A ver si te andas con ojo. Con el garañón sobre todo. Si se desmanda, tralla en las corvas, que es donde más lo siente.

—Descuide —replicaba fastidiado por tanta insistencia.

—No te separes del río, no sea el diablo que te pierdas.

—Descuide, que no me pierdo.

—Más pronto las veas tiestas, arreas para casa.

—Descuide.

Yo era una pizca de crío, ésta es la verdad, y no abultaba lo que cumplía a mis catorce añazos. Pero que fuera menudo no quiere decir que no fuera despabilado, que lo era como un ratón, y ya me estaba cargando con tanta recomendación y tanta monserga. Porque, por más que le dijese «descuide, descuide» él no sacudía cuidados y vuelta la burra al trigo:

—Si se carean, consíentalas. Pero, si tiran a desperdigarse, cuatro latigazos y de camino. [...]

—Lo que tiene que mirar es que no se le olvide decirle a don Ramon que me ha mandado usted con el ganado, no vaya a ser que, por cuatro días, me niegue el certificado.

Pabluras.

El retrato coincidente en todas estas descripciones, incluso en aquellas en que los recuerdos son evocados desde una situación acomodada, nos remiten a unas condiciones de vida extremadamente duras en las que una alimentación de pura subsistencia, el frío, el analfabetismo, el trabajo infantil, la sumisión de la mujer y el temor a los lobos o a los naufragios, forman un sustrato común y cotidiano sólo paliado por la solidaridad de las pequeñas comunidades, la seguridad que produce un mundo bien definido y jerarquizado y el contacto con la naturaleza. Lejos de la artificialidad que se detecta a menudo en esta literatura cuando aborda la denuncia de los problemas generados por la actual organización social (dro-



JESÚS GABÁN, EL MAR SIGUE ESPERANDO, NOGUER, BARCELONA, 1983.

gaducción, delincuencia urbana, rupturas familiares, etc.), el retrato que señalamos parece emerger de forma inevitable, como si al proceder a describir un mundo que se ha visto cambiar, y casi sin proponérselo, se otorgara una voz auténtica a una realidad prácticamente silenciada hasta ahora en los libros infantiles y juveniles.

El fenómeno de la emigración queda siempre justificado por la dureza de la situación social descrita. Tanto para la emigración tradicional, con intención de volver en mejores condiciones de vida:

Incluso llegó un barco de Argentina con marineros gallegos, que tentaron a Pedro

tanto como para quitarle el sueño haciéndole pensar en América, en coger la licencia y emigrar, hacerse rico y volver para construirse casa, ponerle candelabro de plata a Santiago Pescador y tener barca propia.
Los Corredoiras.

como para la emigración definitiva a la ciudad:

—Madre llevaba ya tiempo dándole vueltas a la idea, pero padre no quería. Decía que pastor fue su abuelo y pastor su padre y pastor había sido él mismo desde niño, y pastor quería seguir siendo toda la vida. Antes de que llegara a nombrarme a mí, madre ponía el grito en el cielo: «¡Calla, calla, que ni oírte quiero! ¡Se acabaron los pastores en esta familia!».

Soñado mar.

La soledad y tristeza producida por la despoblación masiva de pueblos y aldeas es el tema central de obras excelentes como *El amigo oculto y los espíritus de la tarde*, Premio Lazariello 1984, de C. López Narváez, cuyo niño protagonista es ya el único habitante del pueblo; de *Soñado mar*; o de *El guardián del silencio* (1985) de J. Farias. Una sensación de aislamiento y naufragio que provoca el desesperado mensaje de la botella confiada al río de los protagonistas de *Soñado mar*:

S.O.S. Venid a salvarnos. Estamos rodeados de tierra por todas partes.

Aunque se reconoce la lógica de la despoblación, la característica esencial de las obras que tratan este tema es la de la reivindicación del retorno, de una vida mejorada en el campo como alternativa a los problemas de la ciudad. Como dice el último habitante de la trilogía de *Las crónicas de Media Tarde* de J. Farias:

—Habrán sitios mejores que éste —dijo Justo— pero no que me parezcan tan importantes.

—¿Por qué se fue la gente?

—Lo de irse no importa tanto. Lo malo es lo de no volver nunca.

Así también, la negativa a abandonar el pueblo por parte del niño protagonista de *El amigo oculto y los espíritus de la tarde* será viable a causa de la llegada de una comuna de jóvenes urbanos que se instalan a vivir allí; el anciano que ha de ir a la ciudad para vivir con su hija, en *El cuento interrumpido* (1983), podrá vender la casa y el rebaño a una pareja procedente de la ciudad; o el hijo rebelde de la endeble *La puerta* (1989), de R. Rubio, encauzará su vida volviendo al pueblo alicantino del que emigró su padre. En todas las obras la ruptura migratoria corresponde a la generación de los padres, y serán los hijos los que enlazarán con los abuelos gracias a su retorno físico a la tierra o, al menos, como herederos de sus re-

cuerdos. El reflejo histórico de la urbanización española se une así, y refuerza, al tópico del protagonismo de ancianos y niños en este campo literario.

La vida urbana tendrá una presencia mucho más escasa en la producción de los años ochenta si no es como hito migratorio y como contrapunto

de la nostalgia rural. Constituirá una vaga descripción ambiental muy poco identificable con realidades concretas, aun cuando se pretende describir la vida nocturna o los suburbios de Madrid (*La puerta, Una familia casi normal*). Sólo en algunas obras como las de Asun Balzola, no por casualidad situadas en el País Vasco, toma cuer-

po la descripción de un nuevo ambiente urbano, formado en este caso por sectores profesionales liberales que viajan constantemente y se relacionan de forma natural con Barcelona, Bruselas o Londres, y donde no faltan referencias al contexto social vasco con la inclusión inevitable del terrorismo (*A la de mosca, 1989; La cazadora de Indiana Jones*). También aparecerá una deliberada descripción urbana más consistente en obras de género policiaco o de espías, pero ya en la frontera de lo que se puede considerar novela juvenil.

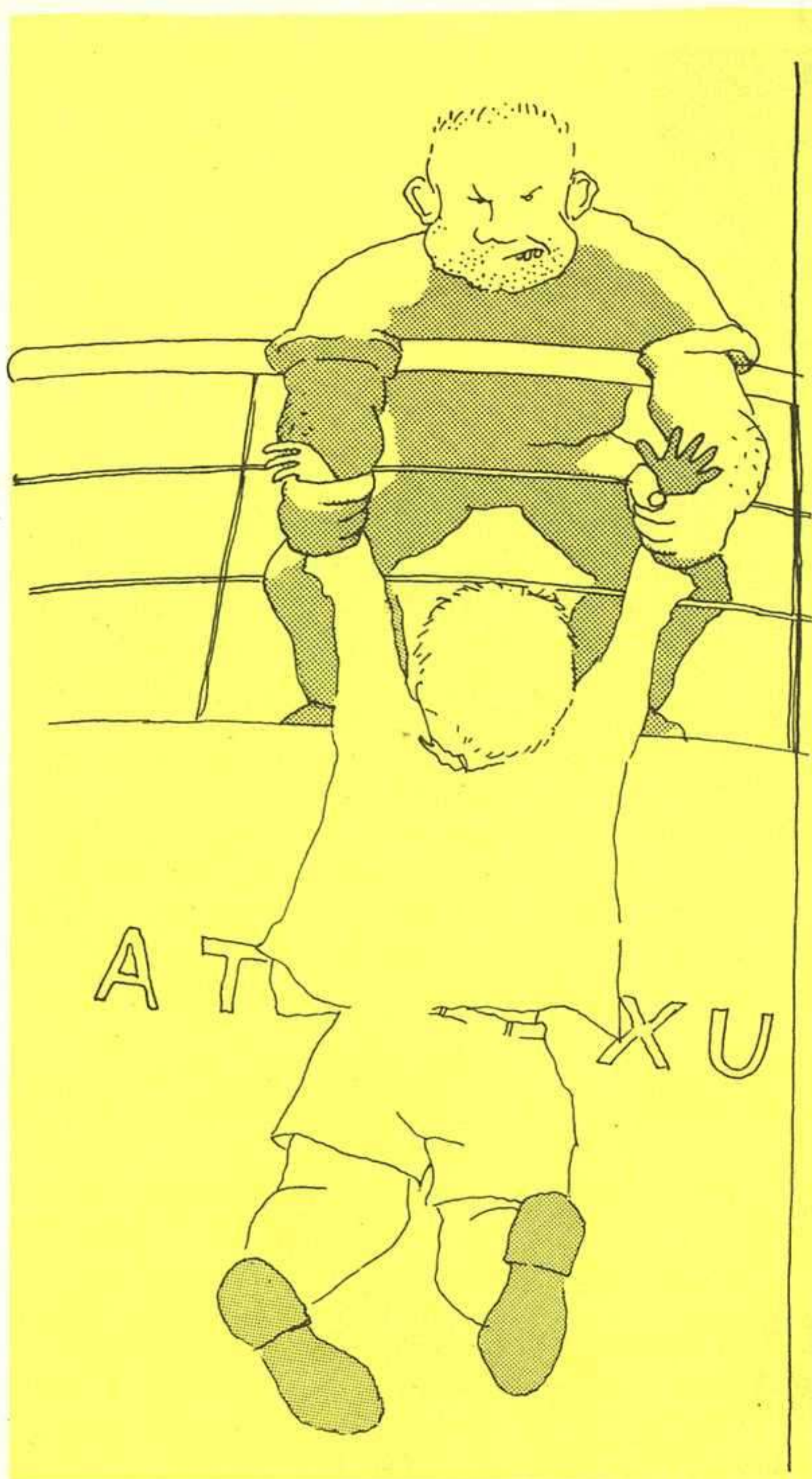
La reinterpretación de la historia

A la abundancia de los temas históricos durante una gran parte de la época franquista, había seguido un enmudecimiento casi total en este género a partir de los años setenta como reacción a la crisis del modelo que los había sostenido. La necesidad de reinterpretar la historia colectiva sobre unas bases distintas que las imperantes durante la dictadura producirá un renacimiento de la narración histórica en la década de los ochenta. En algunos casos este deseo surge, de forma similar a como se había producido en los años sesenta en Cataluña, como una liberación de la ocultación histórica de las distintas nacionalidades y se insistirá en épocas y tradiciones culturales previas o diferenciales a la constitución de España como un Estado único.

Así, por ejemplo, López Narvárez sitúa *La colina de Edeta* (1986) en el siglo III a. de C. y destaca en el prólogo «la cultura muy superior a la de los otros pueblos de España» de los íberos situados en el Mediterráneo y márgenes del Ebro, y señala por qué «no se puede hablar de una única cultura ibérica, como no se puede hablar de un pueblo ibérico, sino de culturas y pueblos ibéricos». El mismo sentido tendrá la reivindicación de la tradición árabe de Andalucía a través de obras como *La tierra del sol y de la*



REYES DÍAZ, EL GUARDIÁN DEL SILENCIO, MIÑÓN, VALLADOLID, 1985.



REYES DÍAZ, EL BARCO DE LOS PEREGRINOS, MIÑÓN, VALLADOLID, 1984.



JESÚS GABÁN, LOS CORREDOIRAS, SM, MADRID, 1988.

luna, de la misma autora, o la descripción de los pescadores gallegos de finales del siglo XIX que viven prácticamente al margen de la legalidad española en *El tesoro del Capitán Nemo*, Premio Lazarillo 1985, de P. Climent.

Aun así, esta última obra, más que reivindicar la diferencia, ofrece un ejemplo muy explícito de la visión de España a partir de un discurso regeneracionista clásico, en el cual se unen los tópicos de la inconsciencia española ante el progreso científico y las propias riquezas, que son explotadas por franceses e ingleses; las críticas a la burocracia y a la represión de las autoridades españolas en Galicia; o la presencia de catalanes industriales que empiezan a dominar las industrias gallegas. En definitiva, la actualización del mensaje se reduce a una demanda de mayor atención e integración gallega en el conjunto de un Estado más moderno:

[...] el abandono del país por gente tan apegada a sus terruños como los gallegos, signo es de profundo malestar económico y social. Pero como estas pobres gentes ni promueven disidencias en los partidos, ni pronuncian discursos en el Parlamento, ni tienen medios materiales para hacer oír sus quejas, pues se les condena al suplicio de perecer en el olvido...

¡Así es España! ¡Fenecemos por la última idiotez de París, pero ignoramos todo los unos de los otros!

También cambiará, respecto a la tradición histórica anterior, la intención enaltecedora y bélica, así como el protagonismo centrado en las grandes figuras históricas, para pasar a ofrecer el ambiente sociocultural de múltiples épocas del pasado, incluso con ánimo de contrastarlas con la versión ofrecida tradicionalmente, y para defender nuevos valores de convivencia y progreso. Este planteamiento, coincidente con el caso de Cataluña ya mencionado, viene a corresponderse también finalmente con el rumbo

tomado por la narración histórica europea y americana a partir de la Segunda Guerra Mundial.

La evocación de la infancia

Tal vez porque todos estos temas coinciden en la reformulación de la propia historia inmediata, los elementos autobiográficos, es decir, la descripción de la propia infancia, parecen estar muy presentes en las narraciones de la literatura infantil y juvenil castellana. Las referencias ambientales, las lecturas citadas o el conocimiento profundo de la vida rural de pequeños protagonistas que se van a estudiar a la ciudad al final de la narración, revelan una identificación de los autores con sus obras de ficción mucho mayor que en otras literaturas. A veces esta recreación personal llega a crear problemas de comprensión en los lectores, que ignoran la existencia de los libros de texto o los autores

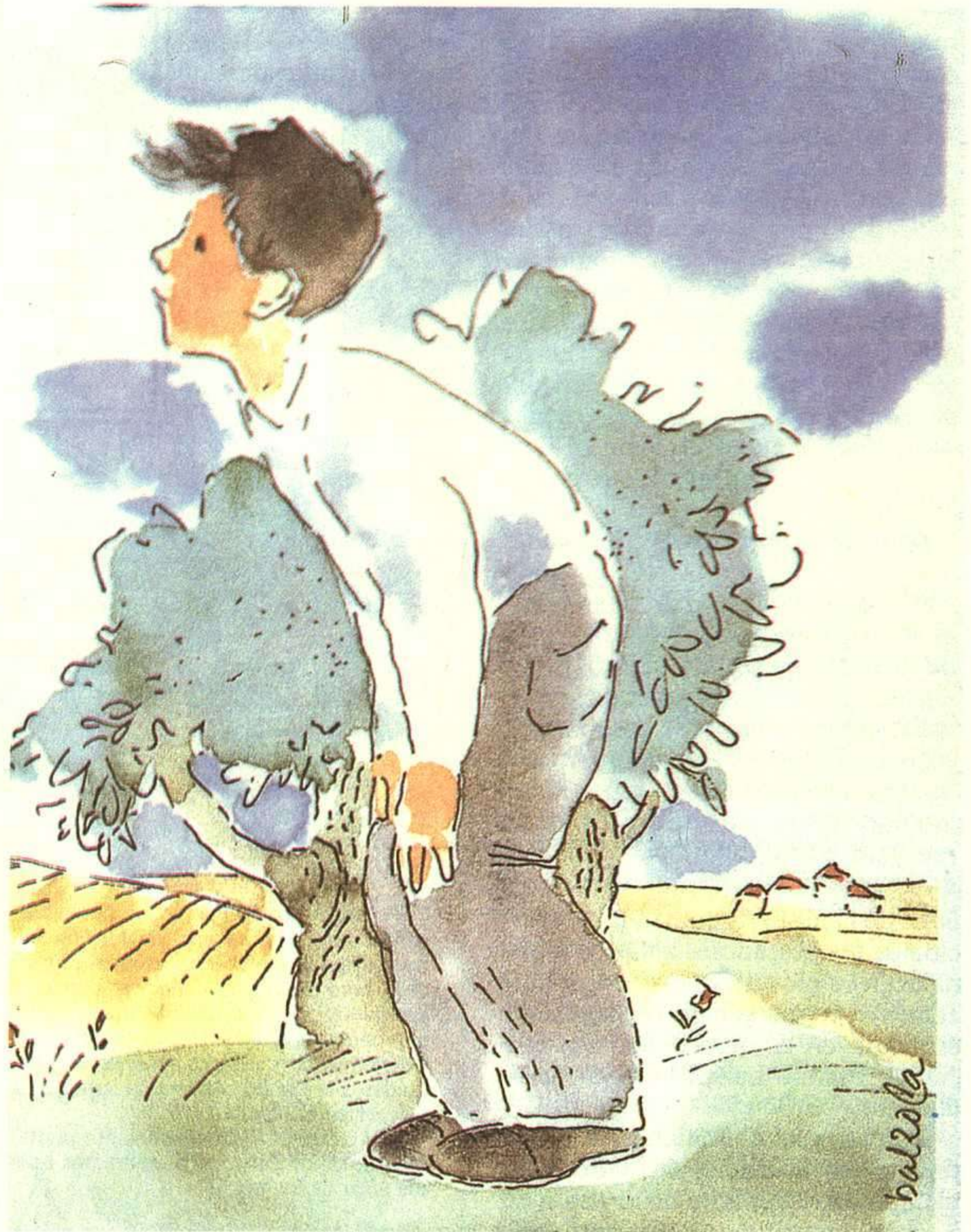
citados o las connotaciones de determinadas referencias de época.

Probablemente una producción más asentada diluirá rápidamente esta formulación autobiográfica tan precisa en un amplio sustrato de generación de la obra de ficción, tal y como sucede habitualmente en la literatura infantil y juvenil en otros países. Pero si efectivamente es posible establecer una relación entre la nueva temática en lengua castellana y la presencia del elemento autobiográfico, resulta interesante preguntarse por qué no sucedió así en la eclosión de la literatura infantil y juvenil catalanas en la década de los sesenta, cuando las tendencias realistas dominantes en aquel momento hubieran podido propiciar un fenómeno parecido. Una hipótesis plausible sería tal vez la de la distancia inmediata creada por la intención modernizadora y educativa que la generó. Así, el hecho de que los autores catalanes abordaran la creación para niños y adolescentes desde las premisas de un proyecto colectivo que deseaba crear una imagen propia y de futuro que enlazara con la autoimagen satisfactoria de un pasado trunco por la instauración de la dictadura, habría condicionado una utilización más filtrada de la propia experiencia, mientras que la producción de los nuevos autores castellanos de la época democrática estaría presidida por la necesidad de reinterpretar las propias raíces para alejarse de la tradición establecida y poder forjar una nueva imagen colectiva.

Esta inmersión en las profundidades del *niño que se era* puede estar facilitada por su enlace con una concepción mitificada de la infancia que parece muy generalizada en la tradición literaria infantil castellana y que podemos definir con palabra de M. Delibes:

En una ocasión me preguntaron por qué había tantos niños protagonistas en mis novelas.

Mi respuesta fue sencilla. Para mí, el niño —dije— es un ser que encierra toda la gra-



ASUN BALZOLA, SILVESTRITO, MIÑÓN, VALLADOLID, 1986.

cia del mundo y tiene abiertas todas las posibilidades, es decir, puede serlo todo, mientras que el hombre es un niño que ha perdido la gracia y ha reducido a una —el oficio que desempeña— sus posibilidades.

Con esta respuesta quería dar a entender que para mí, el niño, precisamente por la carga de misterio que arrastra, tiene mayor interés que el adulto.

Mi mundo y el mundo (Prólogo).

Así, con especial frecuencia, la infancia parece entenderse como el re-

ducto de un mundo perdido ya por el común de los adultos, donde los niños, y otros personajes a ellos asimilados, como titiriteros o viejecillas, se caracterizan por la posesión de la inocencia y por su capacidad en relación a la poesía y la magia, cualidades que les permiten mantener el contacto con un mundo misterioso y poético. Un mundo como el que llama a través de sombras y poemas al niño que *Se fue*

por el puente (1984) de A. Ionescu; el que se abre desde el río a la niña de *Las manos en el agua* (1981) de C. Murciano; el que establece contacto con la protagonista de *Caperucita roja en Manhattan* (1990) de C. Martín Gaité; o el que conmueve al propietario del toro de *Botones dorados de anclas estampadas* de A. Ionescu, al ofrecerle su propia infancia a través de los objetos (canicas, frasquitos de perfume, tizas de colores, etc.) atesorados por una niña.

Una mirada atrás y un interrogante de futuro

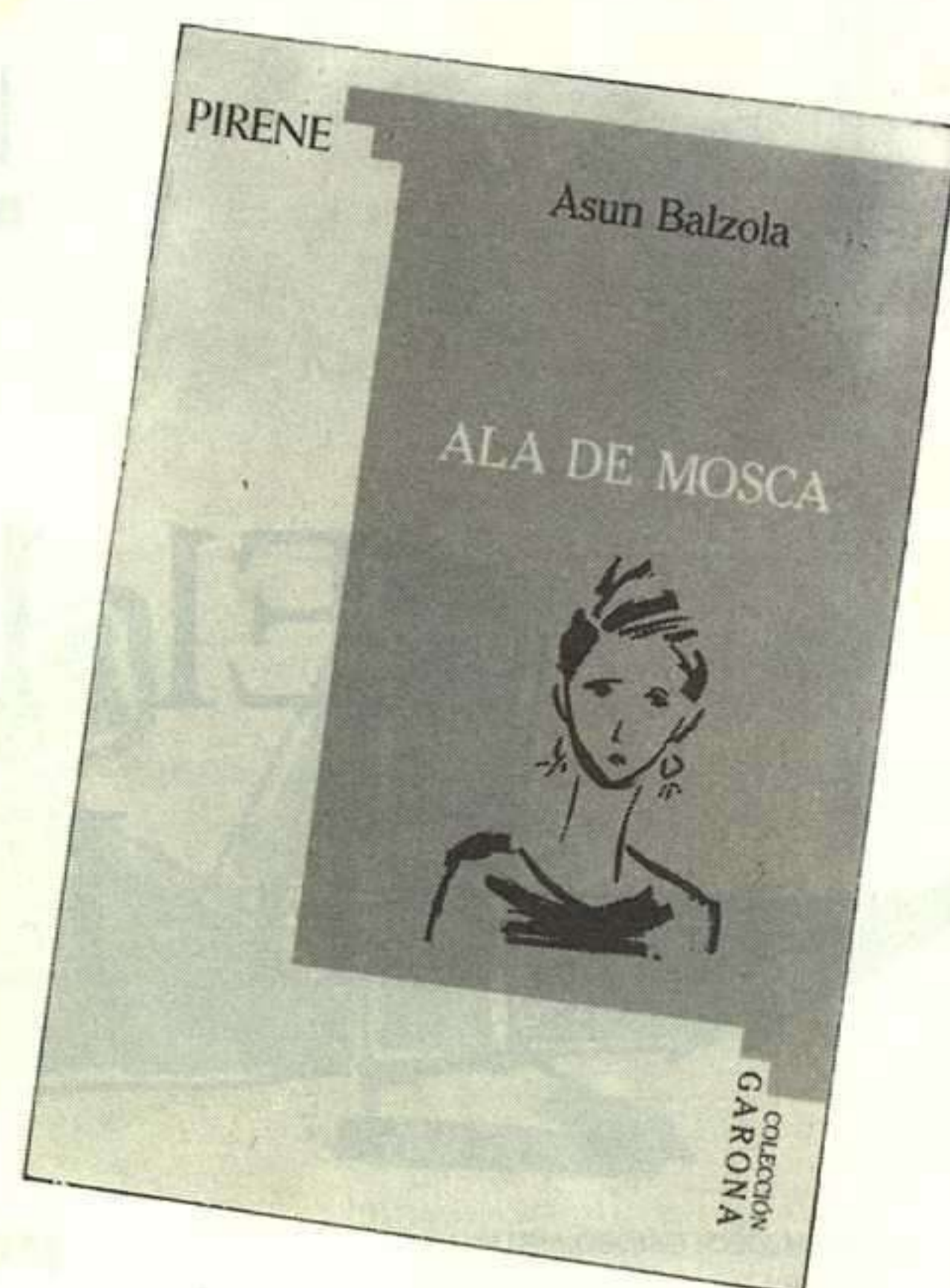
En definitiva, la literatura infantil y juvenil castellana producida a partir del restablecimiento democrático parece centrada en el balance de un pasado inmediato definido por el fin del mundo rural y de la propia infancia vivida en él, por el deseo de hacer tabla rasa respecto al conflicto bélico que lo presidió y por la reinterpretación de la historia centralista y conservadora a que dio lugar. Hacia dónde se encaminarán a partir de ahora obras y tendencias, en el marco de una nueva sociedad que se afianza, es un interrogante abierto que será preciso analizar en el futuro. ■

* Teresa Colomer es profesora de Didáctica de la Lengua y la Literatura en la Universidad Autónoma de Barcelona.

La selección bibliográfica de este artículo ha sido realizada por Teresa Mañà, bibliotecaria documentalista de la Biblioteca Infantil Santa Creu (Barcelona).

Notas

1. Véase a modo de ejemplo, el artículo de A. Gasol y A. Lisson «Realismo... ¿con apellido?», *CLIJ*, 4 (marzo 1989).
2. «Solamente deben publicarse aquellos cuadernos en los que se reconozca un notable valor educativo, para lo cual los editores deberán seguir la tendencia de buscar argumentos en la literatura popular española o de la antigüedad clásica, y, en general sobre temas heroicos y morales», citado en Cendan Pazos, F.: *Medio siglo de libros infantiles y juveniles en España (1935-1985)*, Madrid: FGSR, 1986.



Bibliografía

- Alonso, F.: *El bosque de piedra*, Madrid: Espasa-Calpe, 1985.
- Amo, M. del: *Soñado mar*, Valladolid: Miñón, 1981.
- Balzola, A.: *Ala de mosca*, Barcelona: Pirene, 1989.
- *La cazadora de Indiana Jones*, Madrid: SM, 1989.
- Barrena, P.: *Una familia casi normal*, Barcelona: Ediciones B, 1988.
- Castresana, L. de: *El otro árbol de Guernica*, Bilbao: Gran Enciclopedia Vasca, 1968.
- Climent, P.: *El tesoro del capitán Nemo*, Barcelona: Noguer, 1986.
- Delibes, M.: *Mi mundo y el mundo*, Valladolid: Miñón, 1987.
- Farias, J.: *Años difíciles*, Valladolid: Miñón, 1983.
- *El barco de los peregrinos*, Valladolid: Miñón, 1984.
- *El guardián del silencio*, Valladolid: Miñón, 1985.
- *Las crónicas de Media Tarde*, Valladolid: Miñón, 1987.
- *Los Corredoiras*, Madrid: SM, 1988.
- *Los pequeños nazis del 43*, Valladolid: Miñón, 1987.
- Fernández Santos, J.: *El viaje en el jardín*, Madrid: Anaya, 1986.
- Hernández, A.: *Silvestrito*, Valladolid: Miñón, 1986.
- Ionescu, A.: *Se fue por el puente*, Barcelona: Labor, 1984.
- Kurtz, C.: *Dame la mano Habacuc*, Barcelona: Noguer, 1989.
- López Narváez, C.: *El amigo oculto y los espíritus de la tarde*, Barcelona: Noguer, 1984.
- *La colina de Edeta*, Madrid: Espasa-Calpe, 1986.
- *El fuego de los pastores*, Madrid: Espasa-Calpe, 1987.
- *La tierra del sol y de la luna*, Madrid: Espasa-Calpe, 1988.
- Martín, P.: *Cosas de Ramón Lamote*, Madrid: SM, 1987.
- Martín Fernández de Velasco, M.: *Pabluras*, Barcelona: Noguer, 1984.
- Martín Gaité, C.: *Caperucita en Manhattan*, Madrid: Siruela, 1990.
- Martínez-Mena, A.: *La tierra de nadie*, Barcelona: Noguer, 1982.
- Mateos, P.: *El cuento interrumpido*, Barcelona: Noguer, 1983.
- Murciano, C.: *El mar sigue esperando*, Barcelona: Noguer, 1983.
- *Las manos en el agua*, Barcelona: Noguer, 1981.
- Puente, L.A. y Lalana, F.: *Hubo una vez otra guerra*, Madrid: SM, 1989.
- Rubio, R.: *La puerta*, Madrid: SM, 1989.